

eternidad sus miradas benignas en María, para que en su vientre purísimo encarnase el Verbo que se había de inmolar á su justicia divina por el pecado, salvó á Israel, dilató los límites del antiguo pueblo tanto como el Universo, borró las denominaciones de judío y de gentil, y abrió sus brazos á todas las naciones, dando así la última plenitud y consumación á sus promesas magníficas, fundamento de la esperanza y precursoras de la felicidad, hechas á Abraham y repetidas á todos los patriarcas en la série de los siglos! *Suscipit Israel puerum suum, recordatus misericordie sue, sicut locutus est ad patres nostros Abraham et semini ejus in secula.*

¡Qué dicha la nuestra, católicos, el ser vasallos de esta Reina, hijos de esta Madre! ¡Qué felicidad el contemplarla en los momentos en que la Iglesia la pone á nuestra vista resuscitando por la virtud del Altísimo, dejando la tierra, conducida en triunfo por los ángeles, saludada por todos los habitadores del Empíreo, recibida de su Padre y de su Dios con todas las efusiones del amor! ¡Cuál no debe ser nuestro empeño en obsequiarla en la tierra, multiplicando los homenajes de nuestra piedad á su poder y á su gloria? ¡cuál nuestra solicitud en aprovechar las gracias que nos dispensa, imitando sus virtudes y aspirando á vivir siempre de su espíritu? ¡Ah, hermanos míos! tenéis en María cuanto vuestro corazón es capaz de desear para llegar á la intimidad del Señor. ¡Qué os resta, pues, sino buscar, con toda solicitud y poner en práctica los medios de imitar, cuanto es dado á la naturaleza protegida por la gracia, la conducta de esta Reina de la santidad? Ella por sí nos da toda la luz que franquea los caminos del cielo, nos dispensa toda la protección que sostiene la marcha de la virtud, nos prodiga todos los medios que se requieren para tocar á las cumbres de la felicidad. Imitémosla pues: tengamos hácia ella una devoción verdadera, una devoción fecunda, una devoción constante; y al cabo de nuestra peregrinación en la vida presente, rendirémos la última jornada llevando á la futura un rico depósito que, ameritándonos ante Dios, nos hará vivir en la sociedad amabilísima de tan tierna Madre por los siglos de los siglos.

SERMON

DE N. SRA.

DE GUADALUPE.

PREDICADO

EN SU INSIGNE COLEGIATA EL 12 DE MARZO DE 1859 EN LA FUNCIÓN QUE ANUALMENTE LE HACE POR SU TURNO LA DIOCESIS DE MICHOACAN.

Ego Mater pulchra dilectionis, et timoris, et agnitionis, et sanctae spei.

Yo soy la Madre del bello amor, y del temor, y de la ciencia de la salud, y de la santa esperanza.

Ecol. cap. XXIV, v. 24.

Si la ciencia humana, católicos, cuando no se inspira de la fe y vaga por sí sola en las vastas regiones de la naturaleza, se esteriliza de ordinario en su acción, al paso que se afana en sus diversas especulaciones; la ciencia divina, la razón católica, conducida siempre por una luz que baja de los cielos, lejos de limitarse á ilustrar, tiende constantemente á dirigir: no satisfecha con el conocimiento de las altas verdades, trasciende al de las reglas prácticas, y obra sin cesar en el hombre con el intento de conducirlo á la posesión de la caridad, que consiste, como bien sabéis, en amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á nosotros mismos. Por esto el Eclesiástico, resumiendo en pocas palabras el carácter y fecundidad esencial de la Sabiduría eterna, la expone á nuestra vista como la madre del bello amor, del temor, de la ciencia, y por último, de la santa esperanza. Hé aquí una escala que nos permite recorrer la genealogía de la felicidad. Parte del amor, se sostiene con el temor, se gobierna con la ciencia práctica y vive siempre de la

esperanza celestial. Hé aquí el camino que sigue la sabiduría divina en su acción sobre toda la humanidad, y el que andan á su turno las almas justas, que obedecen dócilmente al impulso que ella les comunica. Hé aquí cómo la caridad, en el todo infinito que en sí forma, es decir: en Dios y en sus criaturas racionales, se manifiesta siempre como una producción de amor en sus obras, y como la fecundidad inagotable del amor en sus resultados. Este sentimiento presidió á la grande obra de la creación, así como también á la mas grande todavía de la redención del mundo: este sentimiento atrae los pueblos á la fe, fecunda la doctrina en el alma, engendra la virtud, realiza en todo sentido la felicidad.

Pero el amor en su perfección verdadera, es decir, católicos: no como un primer impulso del sentimiento, sino como la posesión de la caridad, tiene un camino para llegar al hombre, y exige un medio para radicarse en él. ¿Cuál es el camino? la luz de la fe. ¿Cuál es el medio? el temor y la esperanza. Por esto Jesucristo Señor nuestro redujo la economía de los medios, para convertir al mundo, á esta sencilla fórmula, que abraza la misión del apóstolo: *Predicad el Evangelio á toda criatura: el que creyere, se salvará; pero el que no creyere, será condenado.* "Predicad el Evangelio:" es decir: abrid á la inteligencia los tesoros de la verdad: hé aquí la fe. "El que creyere y fuere bautizado, se salvara:" hé aquí la esperanza. "El que no creyere, será condenado:" he aquí el temor. Ved pues, cómo la Sabiduría, que se mueve hácia el hombre por virtud del amor divino, y se muestra fuente del conocimiento instituyendo la fe, añade que también es madre del temor y de la santa esperanza. *Ego Mater pulchra dilectionis, et timoris, et agnitionis, et sancta spei.*

¿Qué tema, pues, mejor apropiado, católicos, al objeto de la solemnidad presente pudiera yo elegir, que estas palabras, cuando se trata de entrar en la grave meditación de nuestra suerte, de resolver el gran problema de nuestra esperanza delante de esa Reina poderosa que, llamándose muy especialmente nuestra Madre con el título de GUADALUPE, reconcentra y con razón todos nuestros afectos? No imaginéis que necesite yo violentar el sentido de mi texto para aplicarle todo á tan privilegiada criatura: porque si bien lo examináis, quedaréis plenamente convencidos de que María es por gracia lo que la Sabiduría eterna por naturaleza; y en consecuencia, que puede y debe ser á su turno apellidada madre del bello amor, del temor, del conocimiento y de la santa esperanza. Bastarianos, para entenderlo así, reflexionar cuánto importa que una autoridad tan irrecusable como la de la Santa Iglesia católica, nos dé un de-

recho para representar en estos conceptos la acción de la Virgen-Madre sobre la humanidad en todos los siglos, y la que tan especialmente ha desarrollado aquí desde aquel día para siempre memorable y caro en que vino á esta Nación tal como se presenta hoy á nuestra piedad en ese Trono. ¿Por qué lo primero? porque la Santa Iglesia predica en general de la siempre Virgen María todo lo que se atribuye á la Sabiduría de Dios en los Libros Santos. ¿Por qué lo segundo? porque las palabras que me han servido de texto, las he tomado, no indistintamente del libro del Eclesiástico, sino de aquella parte que la Santa Iglesia colocó en la Epístola de la Misa con que celebramos la Aparición de esta Reina Soberana entre nosotros con el nombre de María Santísima de GUADALUPE.

Y á la verdad, hermanos míos, nada mas justo que tal aplicación con el carácter con que la santa fe católica la reconoce. Si el Verbo Eterno es la misma Sabiduría increada, y por haberse hecho Hombre en las purísimas entrañas de María, fué ella su verdadera Madre, si Jesucristo es por esencia el mas bello de los amores, pues por amor se sacrificó á la Justicia eterna; si es la Luz del mundo y la Verdad misma; si por sus merecimientos fueron abiertas á la humanidad las puertas de la esperanza; y por último, si como Juez de vivos y muertos, nos ha de juzgar á todos, ya para darnos el premio si morimos en su gracia, ya para castigarnos con pena eterna si así no fuere: ¿no es El propiamente amor, inteligencia, temor y santa esperanza? Sí: luego con toda propiedad decimos, haciendo con nuestra profesión católica un eco á la voz divina de la Iglesia, que María es la Madre del bello amor, del conocimiento, del temor y de la santa esperanza. *Ego Mater pulchra dilectionis, et timoris, et agnitionis, et sancta spei.*

Con estos atributos ha sido reconocida y venerada en toda la tierra esta predilecta criatura, y con estos precisamente viene á nosotros, preside á esta Nación y quiere ser de todos nosotros reconocida y venerada. Nuestro carácter religioso y social, nuestra historia toda y nuestros destinos están ligados á ella de tal suerte, que sería necesario para desconocerlo, no solo despojarnos de la gratitud, sino renunciar á la felicidad. Deudores á la predestinación que su amor hizo de nuestra patria para morada suya, de todos los bienes que hasta aquí hemos disfrutado, pero hijos degenerados, que insensiblemente nos hemos ido apartando de su amor con nuestras costumbres, no podemos considerarla en sus relaciones con nosotros, á la luz de la fe, sin que se reanimen desde luego en nuestras almas dos sentimientos muy diversos, pero nacidos ambos de su tierna bondad: la esperanza y el temor. Ella, derramando sobre nuestra inteli-

gencia una luz clarísima que nos descubre cuanto ha hecho constantemente por toda la humanidad, y mui especialmente en favor nuestro, excita nuestra esperanza; pero nosotros, imitando á otros pueblos que han desmerecido con su conducta el tesoro de la fe, debemos estremecernos de temor considerando nuestro porvenir. Ningun bien mas valioso que la religion para un pueblo, porque de ella emanan todos los otros, porque ella, no solo asegura la felicidad eterna, sino que procura el bien temporal, y esto lo debemos los mexicanos al amor de María: ningun mal superior á la pérdida de este bien, porque ella trae consigo la ruina de todo, y esto nos lo deberemos á nosotros, á pesar de María, si no reformamos nuestras costumbres. En suma: esta poderosa Virgen, como órgano de la divina gracia, se ha manifestado en todos tiempos y mui particularmente á nosotros, Madre del amor y de la santa esperanza, llamándonos á la religion cristiana y poniéndonos en la posesion de los inmensos bienes que trae siempre consigo: mas como no imparte su proteccion sino conforme á las reglas establecidas por su Santísimo Hijo, la rehusa inflexiblemente cuando los pueblos, llenando la medida de sus crímenes, merecen que la religion desaparezca de su seno; y esto debe penetrarnos del mas grave temor, en vista de la semejanza que con ellos vamos teniendo mas y mas todos los dias. Hé aquí todo mi pensamiento.

Pero todo seria en vano, católicos, si al meditar sobre unos puntos de tan grande importancia para nosotros, no contásemos con esa luz ardiente, que imprimiendo la verdad en el alma, la enciende al mismo tiempo en el sagrado fuego del amor; con esa virtud celestial, que dominando suavemente el corazon, determina en él esos cambios que traen consigo las conversiones sinceras; con esa gracia, que comunica toda la voluntad y todo el poder que se necesitan y bastan para salir de la desgracia y volver de nuevo á la amistad del Señor. Hoi pues, que el sentimiento de nuestra miseria nos ha traído sobre las alas de la esperanza, y reunido en este Santuario á los piés de María, levantemos á ella nuestro corazon atribulado, pidiéndola que obre con su maravilloso poder en nuestras almas los efectos que su Divino Hijo ha prometido á la palabra de Dios cuando es oída y guardada; y á fin de obtener un bien tan señalado, saludémosla, inspirados por la fe y el amor, con las tiernas palabras de Gabriel: AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

Si hai, hermanos míos, en este órden combinado de la naturaleza y la Providencia una cosa que admira, pasma, subyuga la razon y confunde al hombre, es sin duda alguna el maravilloso concierto que guardan entre sí, cual si ambas conspirasen de acuerdo á un designio comun, la libertad moral de los individuos y los pueblos, siempre caprichosa y versátil, y los planes concebidos en la mente del Eterno, siempre infalibles y permanentes, acerca de los destinos de la humanidad. El hombre, criatura de inteligencia y de sentimiento, piensa y piensa sin cesar, quiere y no deja de querer, siente y no deja de sentir: su pensamiento, inspirándose, ya de la impresion vária de los objetos, ya de sus propios deseos, ya de sus mismos instintos, ya de los accidentes mas pasajeros, le trae de continuo agitado y sin ruta, y ora encuentra con la verdad, ora profesa el error, ora camina con cierto aplomo, ora vaga sin rumbo en el campo de las probabilidades: su corazon, en lucha continua contra el dolor y mendigo perdurable del placer, alterna en sentimientos lo mismo que en deseos, vive del odio lo mismo que del amor, y haciendo pasar estas agitaciones internas á las relaciones del individuo con todos los seres de su especie, inicia, empeña, sostiene y perpetúa esa lucha constante de errores, pasiones é intereses que dan el tema por lo comun á todas las vicisitudes de la sociedad. En esa corriente de sucesos que arrastran los siglos en su curso, se revuelven al parecer sin lugar y sin nombre todas las verdades y todos los errores, todas las virtudes y todos los vicios, las creaciones elevadas del ingenio y los partos ridículos de la extravagancia, cuanto hai de grande, noble y generoso en el pensamiento y en el carácter, y cuanto hai de pequeño, vil y mezquino en la marcha moral y política de todas las sociedades. Mas al fin de ciertas grandes épocas, y cuando el pensamiento humano, derramándose aquí y allá por esa muchedumbre inconexa de causas y de efectos, por esa sucesion al parecer caprichosa de los mas extraños fenómenos y de las cosas mas comunes, se detiene como paralítico y ciego por falta de vigor y de luz incapaz de dar un solo paso con provecho, una voz que se desprende de las alturas, llamando todos los sucesos humanos al pensamiento divino, ilustra la razon, forma la ciencia, difunde la verdad, afirma la virtud é instituye el órden, haciendo ver

cómo todo ha venido á encadenarse bajo el irresistible poder de esa Providencia que todo lo conduce á la gloria de Dios y á la felicidad del hombre.

Sale apénas éste de la mano de Dios, puro, perfecto y feliz, para coronar la obra magnífica de la creacion, siendo como el alma de ese inmenso cuadro que plugo á la Omnipotencia colocar en el fondo del espacio, y troza con el triste abuso de su libertad el estrechísimo lazo del amor, rompe el pacto de alianza con el Autor de su sér, y codiciando la ciencia y el placer, pierde la verdad, conquista el dolor y queda sujeto á la corrupcion y á la muerte. De esta primera trasgresion, como de un manantial envenenado, brotaron las corrientes de iniquidad que han bañado desde entónces la superficie de la tierra. Pero el exceso mismo del mal, conmoviendo la misericordia divina, hizo que Dios llevase á efecto el plan de una reparacion completa, revistiéndose de nuestra naturaleza en la Persona del Verbo, para inmolarla toda en las aras de su justicia, restablecer la alianza mediante la satisfaccion por la culpa, y vivificar al hombre delincuente con la sangre del Hombre-Dios sacrificado por él.

A pocos pasos del tiempo, despues de aquel inmenso cataclismo que, con excepcion de Noé y su familia, dió fin á todo el mundo, el género humano se divide por una consecuencia infalible de su misma soberbia: del segundo de sus ensayos para asaltar el cielo salió la imperiosa necesidad de una dispersion que, llevando á diferentes climas todas las ramas del comun tronco, hizo aparecer esa diversidad prodigiosa de naciones, en que la raza, el idioma, las ideas, las costumbres y todo cuanto forma el carácter moral y político de los pueblos, pareció borrar de su mente los vestigios de su comun origen. Entónces escoge Dios de entre esta muchedumbre un pueblo á quien dignifica y enaltece con el título de *suya*, y en cuyas manos deposita el gran libro donde aparecen, con el origen del Universo y del hombre, los documentos auténticos de toda la humanidad considerada en sí misma y en el vário sistema de sus relaciones, el tesoro de las promesas y todos los grandes elementos preparatorios que habian de preceder á la Venida del Mesías.

Ved, católicos, cómo esta larga serie de vicisitudes por donde hubo pasado el género humano desde la primera trasgresion de la lei divina, consumada por nuestros primeros padres, hasta la venida del Mesías, pone de bulto la accion de la Providencia sobre el mismo desconcierto de la libertad para establecer el órden, fundar la esperanza y realizar la felicidad, y ofrece á nuestra contemplacion al mismo tiempo la imágen de María siempre asociada con la del Hombre-Dios, dilatando con las efusiones de su amor los límites de la

esperanza por todos los pueblos y en todos los siglos. Desde la ilustre página donde comienza la historia de esta virtud consoladora, veis aparecer á la inmaculada y tierna Virgen pintada con diferentes rasgos, pero siempre como la madre del amor y la fuente de la esperanza. Ella es aquella Heróina soberana que habia de venir á quebrantar la soberbia cabeza del dragon: ella es la escogida en la predileccion eterna de un Dios para ministrar con su purísima sangre al Verbo increado los elementos de que habia menester para revestirse de nuestra propia naturaleza, y ejecutar por sí mismo la grande obra de la salvacion del mundo; y con este carácter la esperan los patriarcas, la comprenden los profetas en sus anuncios del Redentor, y la representan las mujeres ilustres del antiguo pueblo: es tambien la personificacion bellísima de la Arca en que se salva Noé y su familia, pues portando en su vientre á Jesucristo, traia consigo la salvacion de toda la delincuente humanidad.

¿Y qué os diré de las otras naciones que, excéntricas del pequeño círculo formado por el pueblo judío, siguieron marchando sin otra luz que algunas chispas flotantes de la primera lei, las cuales parecian lucir como diamantes perdidos en el caos tenebroso de la razon comun? Destinadas para gozar los beneficios de la Redencion, tenian su turno en la historia de los beneficios dispensados por el órgano de la Madre de Dios á toda la especie humana.

Estos dos pueblos, tan pequeño el uno y tan dilatado el otro, hicieron su carrera tan desigual y diversa, cual debia esperarse de su índole respectiva y de la variedad prodigiosa de sus elementos intelectuales, religiosos y morales, por cerca de veintitres siglos, al cabo de los cuales un pobre niño, nacido en un establo de Betlehem, apareció en la tierra preparando la grande obra de refundir estas dos sociedades, estas dos civilizaciones, estos dos pueblos en un imperio comun: Renuévase la faz del mundo al aparecer el Hijo de Dios y de María, y unos pastores que le adoran, y unos magnates que vienen desde regiones lejanas del Oriente á ofrecerle sus tributos, fuéron como la doble profecía de esa refusion inmensa que algunos años despues, cuando él hubiese dado cabo feliz á su grande obra de reparacion, salido triunfante del sepulcro, subido á los cielos y enviado á su Divino Espíritu, habia de obrarse por la vocacion, la palabra y el ministerio de aquellos que, borrando con las aguas del bautismo las denominaciones de *judío* y de *gentil*, representarían en una sola palabra, la de fiel *cristiano*, la renovacion del mundo por la fe del Evangelio, la institucion de la Iglesia y el triunfo sublime de la Cruz. Entónces el gentilismo, con sus luces opacas, sus glorias efímeras, sus ensayos infructuosos é inútiles experien-

cias, rinde su razon á la fe para conquistar la verdad, su corazon á la lei evangélica para restaurar la virtud. La lengua que habian ilustrado Demóstenes y Platon, fué ya el órgano de la tradicion evangélica, como el idioma enaltecido por la elocuencia de Ciceron, el numén de Virgilio y la pluma de Tácito, pareció despojarse de sus galas gentílicas, para ser el eco de la Iglesia católica en sus grandes asambleas, en su culto magnífico, en la oracion que dirige todos los dias al Eterno en pro de la humanidad.

Desde entónces, católicos, todo cambió en la tierra: si lo antiguo conservaba y dejaba recuerdos imperecederos, ora en sus monumentos, ora en la permanencia de la infidelidad privada; el cristianismo fué ya la forma definitiva de la vida moral y social: su sacerdocio quedó reconocido; su lei quedó aceptada; su ministerio recibió los honores del imperio que acababa de convertirse: la concordia de la Iglesia y el Estado bajo la dependencia comun de la lei divina, fué un hecho social que cambió todo el carácter de la política, trasformó la legislacion y dió una nueva faz á la historia.

Verdad es que, no con haber cesado la época dilatadísima y sangrienta de aquella primera persecucion, dejó la Iglesia de sufrir otras acaso mas terribles: porque bien sabéis que, despues de convertido el gentilismo, tuvo que sostener una lucha tenaz, ya contra la herejía, que combatió furiosamente los dogmas católicos, ya contra el vicio, que corrompiendo el corazon, minaba por todas partes el imperio de la virtud. Pero lo es asimismo que de aquel terrible conflicto, que puso en accion toda la sabiduría, toda la santidad y todo el celo de la Iglesia católica, salió un bien de primer orden é inmensas trascendencias representado en el triunfo completo del dogma sobre la herejía, y en el de la santidad contra las pasiones y los vicios. La Iglesia obra, reúne sus famosos concilios, fija los dogmas, anatematiza á los heresiarcas, levanta nuevos muros en torno de la verdad haciéndola inaccesible, y reduce á la ignominia del silencio á sus muchos adversarios; al paso que todas las almas fieles, huyendo del mundo corrompido, vuelan á los desiertos, y hacen que estos campos inmensos, habitados ántes de fieras, queden convertidos en residencia de los escogidos. Allí nacieron esas costumbres monásticas y esos votos sublimes que, trasplantándose despues al fondo de las ciudades, salvaron en los claustros la ciencia, la civilizacion y la virtud.

¡Qué conjunto de prodigios, á cual mas admirable, ofrece á la contemplacion, oh católicos, esta marcha misteriosa de la verdad y la virtud bajo la enseña sublime del Calvario! ¡Cuán grande se manifiesta y superior á todo, ese pensamiento en accion que disipa

las espesas tinieblas del mundo, destruye todos los errores de tantos siglos, avasalla todas las pasiones encadenándolas con la lei, y sobre las ruinas de la idolatría y de los antiguos vicios levanta el trono augusto de la santidad! ¡Y no descubris, al través de los muchos y variados objetos que atraviesan tantos siglos, una influencia inseparable de la accion del poder de Jesucristo! ¡No veis en todas partes á la tierna y solícita Virgen atrayendo constantemente á la verdad y á la virtud la mente y el corazon de toda la humanidad? En su vientre purísimo está el Oriente de aquel Sol que, levantándose de entre las pajas de un establo, recorre la tierra, derrama su luz sobre cuanto hai en ella de mas grande, y multiplica de continuo los adoradores en espíritu y en verdad. Aquel Niño, que pesaba los destinos del Universo, es Hijo de esta Virgen: en sus brazos le adoran los pastores y los reyes, huye á Egipto para burlar los planes de Heródes, y vuelve á Nazareth á esperar el dia de su manifestacion pública y solemne. Con ella va todos los años al Templo, y bajo su obediencia está durante los treinta que duró su vida oculta. Esta Madre tierna le ofrece por la salud del mundo, le acompaña en todos los pasos de su dolorosa carrera, recibe sobre su alma la terrible accion de todos sus dolores: la Pasion de Cristo es una espada terrible que traspasa su corazon. Dotada de una resistancia milagrosa, sigue los pasos de su Hijo hasta el Calvario, permanece de pié junto al patíbulo en que se le hace morir, y despues de adoptarnos por hijos, recoge su último suspiro. Su soledad, que hace subir á un grado inmenso todas sus penas, es un minero de gracias para los hombres: sobrevive á Jesus, y despues de verle subir al cielo, se queda en la tierra, pendiente de la Iglesia, que á su vista se forma, bajo sus auspicios marcha, y con su proteccion se conserva.

¡Oh prodigio de ternura y de bondad! ¡Oh poder del amor, que se agota en sus esmeros por toda la humanidad, que garantiza y sostiene constantemente la esperanza! Pero no lo he dicho todo: María desciende al sepulcro, resuscita por la virtud del Altísimo y sube al cielo; mas desde allí nos mira, nos contempla, nos auxilia, inclina constantemente á favor nuestro el corazon de su amado Hijo. Desde allí preside á la heróica y santa carrera de la Iglesia católica. Despues de haber favorecido con sus inspiraciones la marcha del Apostolado, sostiene la constancia de los mártires, derrama una copiosa luz en la mente de los doctores, forma en los confesores las mas heróicas virtudes, y cultiva por sí misma las bellísimas flores que regalan á su Divino Hijo con delicados perfumes en el Huerto hermosísimo de la virginidad. Terrible, más que los numerosos ejércitos formados en batalla, desarrolla su irresistible po-

der contra todos los enemigos de la Iglesia, comenzando por disipar los errores, mediando por extirpar los vicios, y concluyendo por multiplicar indefinidamente los triunfos de la santidad. La Iglesia la felicita en sus cánticos por haber extinguido las herejías en todo el Universo, mira en ella el canal bendito por donde corren todas las gracias, y apoyada en la experiencia de todos los bienes que incessantemente difunde á impulsos de su amor, la saluda como la Reina de los cielos y de la tierra.

Mas no nos detengamos aquí: es necesario seguir aún la tempestuosa carrera del Evangelio por los pueblos para llamarlos á la fe, conquistarlos para el cielo: es necesario ver las borrascas nuevas que se levantan contra la Iglesia de Dios, poniendo en accion el amor tierno de María y su constante solicitud para salvarla.

El mundo habia dado ya, católicos, muchos pasos, y la Santa Iglesia pasado por una dilatada serie de combates y victorias, cuando una presuntuosa filosofía, calificando de bárbaros los tres penúltimos siglos, es decir: los siglos de fe, de amor, de heroismo, aquellos en que un libro valia una biblioteca, y sin cuyos afanes hubiera sido inútil empeño la taréa de acelerar esa época llamada del *Renacimiento*, cuyas luces parecieron alumbrar el sepulcro de los grandes caracteres, de las costumbres fuertes, y de las instituciones tutelares; esta filosofía desenfrenada dió una nueva voz, que pronto produciría un tumulto, lanzó una chispa que no tardaria en incendiarlo todo. Un renegado y prostituido monarca se levantó contra la Iglesia: un monge apóstata encabezó una secta para justificar aquel sacrilego alzamiento; y á la voz de *Reforma* se conmueve otra vez el Universo: la Iglesia es amenazada en su soberanía, y á muy pocos pasos del tiempo naciones muy célebres en los fastos del cristianismo se lanzan fuera de la unidad católica.

¿Quién consolará, hermanos míos, á la Iglesia de Jesucristo, á esta Madre tierna y piadosa, de un golpe tan terrible? ¿Dónde irá en busca de nuevos hijos que mitiguen siquiera un tanto su pena, ya que no la hagan desaparecer? ¿Regiones ignoradas del Nuevo Mundo, llegó por fin vuestro turno en la vocacion divina de todas las naciones á la fe del Crucificado! ¿Habitantes fabulosos de una tierra desconocida: vosotros en cuya existencia no habia pensado nadie: raza misteriosa, cuyos hilos gentilicios se nos escapan de las manos al quererlos atar con las genealogías de antiguo mundo! vuestro nombre, vuestros hechos, vuestras costumbres, vuestras artes, vuestras leyes, vuestras instituciones, vuestro culto, vuestra vida individual y social, no tenian registro alguno en los anales de los pueblos: vuestro pasado no habia dejado una huella perceptible en el rastro de

los siglos. Hijos de Adán sin duda, pero desprendidos de la estirpe comun, ignorabais á vuestros progenitores, y ellos no tenian idea ninguna de vosotros. ¿Qué digo? Vuestra patria, territorio inmenso, vuestros caudalosos rios, vuestros erguidos montes, vuestros variados climas, vuestra naturaleza espléndida, vuestros aires perfumados, vuestra ignorada Eden, que habia de poner la envidia en el viejo mundo, no habian puesto en accion todavía la mente de los sabios, no ocupaban ni un punto en el gran mapa de la tierra. Nada debias, ¡oh América! ni á las investigaciones de los naturalistas, ni á la observacion de los filósofos, ni á la pluma de los historiadores, ni al número de los poetas, ni al cálculo de los políticos, ni á la erudicion de los sabios; nada: toda tú parecias suprimida del cuadro de la naturaleza y de la historia de la humanidad. Por eso llevas el nombre de *Nuevo Mundo*, y no porque tuvieses un origen diverso del antiguo; pues en un mismo dia os arrojó á los dos en el espacio la mano del Omnipotente. Eres nueva, no para Dios, que jamás te perdió de vista; sino para tu hermano, que no te conocia: permaneciste ignorada hasta que llegó tu turno en la visita que habia de hacer el Sol del Evangelio á todo el Universo: saltaste á la vista, para recibir la luz; te conquistó el hombre, para que te recibiese Cristo.

Ved aquí, católicos, tres hechos sucediéndose maravillosamente: un descubrimiento, una conquista y una conversion. La filosofía recurre á la casualidad para explicar el primero: así tartamudea la razón cuando no asiste á la escuela de la Providencia. La política perpetúa, con motivo de la segunda, un *pro* y un *contra* en el teatro de la polémica; mas la religion nos dice una palabra que todo lo explica: "Dios señaló el objeto, facilitó su contacto, penetró con su luz en la América cuando llegó el tiempo de que se convirtiese á Jesucristo: esto es todo." La conversion cristiana del Nuevo Mundo nada costó á la inteligencia ni á la libertad: caminó la primera sin obstáculo; campeo la segunda sin coaccion. La hueste invasora y la nacion invadida obraron cada una con la suma de su poder: de esta lucha resultó una conquista, de esta conquista viene una nueva raza: raza mixta, que vive tres siglos há entre dos razas puras, como un lazo de union para una y otra. Pero, católicos, la conquista no tiene que buscar aquí ni su *pro* ni su *contra* político: figurando como un hecho en la predicacion evangélica, no puede alarmar á nadie. Yo la tomo como apareció, presentando á la bondad divina dos inmensas necesidades: la victoria de los conquistadores, que debia ser enfrenada por la religion y dirigida por la moral, y la condicion del mundo conquistado, de aquel pueblo sangrientamente idólatra é

inconcebible bárbaro, que pedía verdad y sentimientos, Evangelio y civilización. Dios entónces, dejando caer una mirada de misericordia sobre México, atiende á estas necesidades: los sucesores de los apóstoles y los celosos misioneros abandonan al viejo mundo, pasan el Atlántico, dirigen un tierno saludo á esta tierra ignorada, plantan la Cruz, y profetizan con solo esto la conversión de una nueva gentilidad, la civilización de esta barbarie desconocida.

Diez años habian corrido, hermanos míos, desde que se inició, tras la consumación de la conquista, el apostolado católico en México. Desde el instante mismo en que aquella fué un hecho consumado, los ministros del Señor, interponiéndose todos entre las huestes victoriosas y los pueblos vencidos, predicando á las primeras la mansedumbre y la moral, é inculcando á los segundos una grande esperanza con la manifestación de la Cruz, trabajaban sin cesar en la grande obra. Los ántes enemigos eran llamados á un destino común: gran pensamiento, que no siendo dado realizar ni á la inteligencia ni á la fuerza, demandaba un medio sobrenatural y á todas luces divino. Aquellos infatigables operarios de Cristo, atentos á la realización de tan gran designio, anunciaron la fe á una sociedad profundamente conmovida, prometieron con esta fe la conquista de la paz, y dejaron traslucir, como la gran consecuencia de ambas cosas, la difusión perenne de todo bien y el cumplido goce de la felicidad. ¡Dichosos ellos, que venían á dibujar sobre un mundo desconocido aquel cuadro que habia llenado de admiración al Profeta, cuando columbrando á la luz del Espíritu Divino, la triunfante y gloriosa marcha de los héroes de la Cruz, exclamaba: "¡Cuán hermosos son los piés de estos que caminan evangelizando la paz, evangelizando el bien!" *Quam speciosi pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bonum.*¹ ¡Cómo inclinar los ánimos de dos bandos recíprocamente hostiles á un sentimiento tan generoso y dulce! Con un recuerdo á los creyentes, y una revelación á los idólatras: doble necesidad á que atendieron los discípulos del Salvador, pronunciando una palabra entre dos pueblos enemigos. "Todos sois hermanos:" hé aquí un recuerdo que, para los unos era una condición precisa de consecuencia con su fe, porque ésta está muerta sin las buenas obras, como lo enseña Santiago; y una revelación que debía poner en el corazón de los otros, en lugar del temor consiguiente á los conceptos que engendran la carne y la sangre en el acto de una conquista, una dulce esperanza que, aunque débil en su principio, iría creciendo mas y mas bajo el influjo de la pa-

¹ Isaias, cap. LII, v. 7.

labra evangélica, y no tardaría en realizar la feliz alianza de dos pueblos que, comenzando por ser enemigos, debían acabar por ser hermanos.

Mas á pesar de esto, católicos, la grande empresa parecia caminar con pasos de plomo, no en el impulso, que fué incomparable ciertamente, sino en sus efectos, que no correspondían á los deseos, á las esperanzas y á los infatigables esfuerzos de aquellos nuevos apóstoles. Si el espíritu que los animaba no hubiese sido el de la mas completa abnegación, hasta en el orden de los consuelos que instintivamente buscan el celo y la caridad, habrían caído de ánimo en vista de tantas dificultades, rendido su brazo á la constante repulsa de dos lustros, y renunciado casi á la esperanza de ver triunfante de la idolatría y de la barbarie á la Cruz del Salvador en las vastísimas regiones del Nuevo Mundo. No iniciaron así su carrera los primeros operarios de Cristo: rompen el silencio, y una muchedumbre se pone de su parte, rendida con el prodigio de aquella palabra que, al salir de sus labios, se multiplicó para llevar la nueva de salud en muchas lenguas á los hombres de diferentes naciones, que componían aquel primer auditorio. Parthos, Medos, Elamitas, Mesopotamios, Capadocios, Pontinos, Asiáticos, Frigios, Panfilios y muchos otros dieron su contingente al poder de la palabra apostólica: ¡misteriosa profecía de la futura conversión del mundo! Mui pronto crece la familia cristiana, empiezan á formarse dentro del recinto doméstico las primeras iglesias, secciones nacientes de la Iglesia común. Por millares se cuentan los triunfos, y no hai un solo día que no alumbré muchas conversiones. Pero acá, todo parecia estacionarse, católicos: diez años que habian corrido ya, no correspondían al fruto cosechado. ¡Por qué tal muchedumbre de obstáculos y tropiezos? ¡Por qué una resistencia tan tenaz al generoso convite de la gracia? ¡Por qué tal esterilidad á pesar de una acción tan esforzada y laboriosa? Hé aquí un problema que habria quedado sin resolver sin ese grande acontecimiento que México recuerda, venera y celebra con espléndido culto el 12 de DICIEMBRE. ¡Memorable día, perdurablemente célebre en los fastos de la religión y de la patria, en que la Madre de Dios, declarando á un humilde neófito el tierno designio de radicarse aquí, para ser con toda especialidad Madre tierna de los mexicanos, dejó un traspunto de la forma en que queria ser venerada de nosotros en el templo que mandó le fuese aquí mismo erigido! Un tosco ayate sirvió de reclinatorio á la Madre de Dios, como las pajas de un establo habian sido la primera cuna de su Hijo en la ciudad de Belén. Sin duda alguna, porque esta es la verdad y esta es la fe, la tierna Vir-

gen dibujada en la tilma de Juan Diego es la misma que, conducida por su amor, fué á derramar la gracia infinita que portaba en su vientre sobre Isabel con su hijo y su familia: la que posó hace tres siglos en la pequeña montaña de Tepeyac, es la misma que apresuradamente partió en otro tiempo á las montañas de Judéa: aquella que regaló con una dulce voz maternal á un humilde habitador de esta tierra, es la misma que saludó á la esposa de Zacarías, y el regocijo de ésta, causado por la palabra de la Madre de Dios, es del mismo género que el indefinido placer dilatado por las regiones del Nuevo Mundo en consecuencia de aquellas palabras dulces y tiernas que hizo pasar María por los labios de Juan Diego, de generacion en generacion durante mas de tres siglos, á los venturosos hijos de Anáhuac. Por esto la Iglesia nuestra Madre, cuando incorpora el gran suceso de la APARICION DE MARIA en el Nuevo continente, como una piadosa creencia, en el gran registro de sus solemnidades religiosas, parece suprimir el curso de diez y siete siglos y una distancia inmensa, para presentar unidas por la mas bella de todas las analogías las montañas de Judea y Tepeyac, la Madre del Bautista y nuestra patria, el anuncio de que ya estaba presente en la tierra el Deseado de las naciones y la profecía de la conversion del Nuevo Mundo, sentado quince siglos mas que el antiguo en el espeso caos de las tinieblas, en los espantosos abismos de la muerte.

Leed, católicos, el Evangelio de la Visitación; leed en seguida los dulces coloquios de María con su indio predilecto; cotejad el relato evangélico y la tradicion piadosa; contemplad la trasformacion de México al instituirse la devocion de María; seguid la historia de la religion y las costumbres en este nuevo pueblo, y quedaréis sorprendidos á la par con la identidad de los efectos y la diversidad de los medios en la conversion de la antigua gentilidad y en la propagacion del Evangelio en el Nuevo Mundo. Vuestra piedad entónces, incapaz de contenerse aquí, volará en pos de nuevas analogías, replegará sus miradas hácia los siglos proféticos despues de haberlas detenido en los siglos históricos, y á la vista de aquella Jerusalem predilecta, cuyo reconocimiento exalta el Profeta-Rei en uno de sus salmos con la pintura de los mas singulares favores, sorprenderéis la inmensa virtualidad de aquellas palabras *Non fecit taliter omni nationi*, en las analogías que presenta la accion fecundísima del amor divino en la historia del mas nuevo de todos los pueblos.

Haciéndoos estas citas, ofrezco á vuestra meditacion puntos demasiado conocidos, para que necesiten ser espresados. Estas analogías, por otra parte, han servido muchas veces de asunto en este mismo

templo á oradores esclarecidos que serán el honor de nuestra eloquencia sagrada, y cuyas obras han quedado para dar un pábullo continuo á la tierna piedad de los hijos de María en su advocacion de GUADALUPE. Uno de los mas eminentes que cuenta nuestra historia, despues de poner á la vista las dos montañas favorecidas con el viaje de María, menciona la piadosísima sorpresa de Isabel con la presencia y saludo de la Madre del Mesias, no ménos deudora que la Madre del Bautista á la ternura y munificencia infinita del Rei de los reyes: compara otra vez ambas historias, y no duda reconocer en las palabras tiernas de María, cuando aparece á Juan Diego, una voz que clama en el desierto, como la del Precursor, para preparar aquí, en estas regiones ignoradas, el glorioso advenimiento y la marcha triunfante de la Cruz. Aquellos saltos de regocijado júbilo que dió el Bautista en el vientre de Isabel traducen magníficamente aquel saludo de gracia cuyos términos enunciativos callan los evangelistas, pues tal conjunto de prodigios abre un espacioso campo de pensamientos al alma y de sentimientos al corazon. Una nacion idólatra y bárbara rápidamente convertida sin milagros nuevos, y aun sin mártires, prueba el poder irresistible de aquellas palabras de amor que la Santísima Virgen dirigió al Indio dichoso, y en él á los entónces presentes y futuros habitantes de este privilegiado suelo. Estas palabras, hermanos míos, están sin duda vivas en vuestro corazon; porque la memoria de la gratitud nunca decae; mas yo voi á repetir las, porque es muy grato para mí repasar con vosotros, en ocasion tan solemne, los bellos títulos de nuestro rango en la Corte de Cristo por la intervencion de la Reina. "Hijo mio," le dijo ella, "yo soi la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios, Autor de la vida, Criador de todo, y Señor del cielo y de la tierra... es mi deseo que se me labre un templo en este sitio, donde como piadosa Madre tuya y de tus semejantes, mostraré mi clemencia amorosa y la compasion que tengo de los naturales, y de aquellos que me aman y buscan, y de todos los que soliciten mi amparo y me llamaren en sus trabajos y aficciones, y donde oiré sus lágrimas y ruegos para darles consuelo y alivio."

¡Qué palabras, católicos, tan conceptuosas, enérgicas, incisivas y tiernas! Ellas comienzan oponiendo á la idolatría el dogma sacrosanto de la Unidad de Dios y el tiernísimo de la Encarnacion del Verbo. Toda la religion se traduce en las primeras palabras de la Virgen Madre. Muéstrase como el iris bello de la Nueva Alianza para estos ignorados idólatras, mui mas hermosa que el que dibujó sobre los horizontes desiertos del mundo destruido, á la vista del nuevo que iba á nacer de la estirpe de Noé, la misericordia del Al-

tísimo. No se trata de un signo, pues han llegado los tiempos de la plenitud; no de una profecía, sino de una manifestación celestial. La que habla, es la misma que, recibiendo en su vientre al Verbo de Dios para revestirle de nuestra humanidad, se anunció desde entonces á los mortales como la Arca de la Alianza y la puerta del cielo. Es la Madre de Dios: en su corazón trae todo su amor, como en su mente la sabiduría: en sus manos tiene todo el poder de la gracia, y en su venida y presencia en este dichoso suelo hace resplandecer el Sol divino que nació en Belén y tocó á su zenit en el Calvario. Habla, y con sus palabras empiezan á desfilar los siglos de oro para esta predilecta nación: anuncia sus deseos de que se le erija un templo, y desde entonces se declara toda mexicana, se nos da sin reserva y sin límites, es la Reina de la feliz Anáhuac, la Madre de todos sus moradores. Con este título, católicos, el más bello, el más tierno y el más dulce que se registra en el idioma de los sentimientos, quiso manifestárenos: *hijos* nos llama en la persona de Juan; *Madre suya* y nuestra se manifiesta en aquella revelación de su ternura. Mas no satisfecha con esto, que era ya mucho, declara sus intentos y el carácter con que quiere permanecer entre nosotros, mostrar su amorosa clemencia y tierna compasión hacia los mexicanos, consolar á sus solícitos amantes en todos sus trabajos y aflicciones, enjugar nuestras lágrimas y atender á nuestros ruegos. ¡He aquí la misión de esta Virgen tierna, de la Santa Madre de Dios en estas desconocidas regiones bajo su advocación de GUADALUPE!

Veamos ahora, católicos, cuál corresponden á estos anuncios los acontecimientos mismos. Apenas se radica esta Virgen poderosa entre nosotros, cuando su acción se hace sentir de un modo sorprendente. Ya os he dicho cuántas dificultades opusieron al celo apostólico de los misioneros, por espacio de diez años, un pasmoso conjunto de circunstancias adversas: ahora debo añadir que, hacia el fin de estos dos lustros, parece que la grande obra retrocedía. La lucha interior entre conquistadores y conquistados iba tomando proporciones colosales: circunstancias horribles rodeaban á cada bando: la discordia corría con su tea por todas partes, y, ¡cosa deplorable! la misma religión santa, su ministerio purísimo, sus celosos operarios, recibiendo los golpes reflejos de aquella contienda terrible y altamente crítica, sentían al parecer debilitarse sus esperanzas. Algunos habían sucumbido; y reducido el número al paso que progresaban los obstáculos, aquel bello sol que había comenzado á dejar caer algunos de sus rayos, iba opacándose más y más, y parecía como anunciar el intento de abandonar este horizonte y dirigir su curso á otros pueblos menos contumaces. Pero vos, Señor, con vuestro po-

der vais delante de todos los obstáculos: vuestra misericordia no se cansa jamás. Entre este pueblo que os resiste y vuestra justicia provocada, se interpone vuestra Madre, y ella misma se encarga de realizar por sí la grande obra. Hé aquí, católicos, un prodigio, no solamente raro, sino á todas luces único en la historia de la conversión del mundo: una bárbara gentilidad, que resiste por diez años al esfuerzo de todo el celo apostólico, rindiendo su cuello á la tierna y dulce palabra de María. Desde que esta Divina Señora fijó su residencia en México y empezó á recibir el culto de nuestros antepasados, el Evangelio se propagaba con sorprendente velocidad. Esas diferentes castas ó linajes, que conocemos con tantos nombres, quedaron muy pronto convertidas: los templos de los ídolos vinieron á tierra, y empezaron á levantarse sobre sus ruinas otros destinados al verdadero Dios. Engendró en los naturales de México esta tierna Virgen un tan arraigado amor con sus dulces palabras y su amable presencia, que todavía hoy, en estos desgraciadísimos tiempos en que tantos estragos ha hecho el enemigo común de la religión y de la moral, no faltan de aquí los tiernos hijos de María, esas familias que conservan íntegra su raza y cifran su gloria en rodear el trono de su querida Reina. ¡Almas sencillas y fieles, que recibís á cada paso los insultos de una bastarda civilización, vosotras sin duda consoláis aún á esta Madre de las pérdidas que el siglo le hace sufrir! ¡No poseéis los falsos esplendores del mundo, no brillan en vuestra mente los destellos de la ciencia humana; pero el amor vive en vuestro pecho, y es todo de María!

Instituida la religión, se forman las costumbres, la sociedad se constituye, y esto, católicos, no con esas miserables combinaciones, verdaderos artefactos de la política humana, que se labran para consumirse, que ensanchan la esfera de las necesidades y agotan á los pueblos á fuerza de quererlos hacer opulentos. La base de la sociedad hunde sus cimientos á profundidades mayores que las altas montañas: es la ley divina, depositada en el corazón de la humanidad desde el instante mismo de su creación, escrita por el dedo de Dios en tablas de piedra, publicada por Moisés en las cumbres del Sinaí, para que no quedase ya expuesta ni al influjo de las opiniones, ni á las vicisitudes del género humano, predicada en toda su plenitud por el Hombre-Dios y sellada con su sangre. Ya comprendéis, pues, que al mencionar aquí el hecho de una sociedad constituida, no pago mi triste contingente á la idea política, sino más bien, expreso las consecuencias históricas de un dogma: porque sin Dios, católicos, toda constitución social es imposible, á lo ménos este es el más bello principio que el Derecho público debe á la inspiración

sublime del Poeta-Rei: el mismo que sentó como punto de partida el dominio pleno del Señor sobre la tierra y cuanto contiene, ¹ dijo: que "si Dios no edifica la casa, vano es el trabajo de todos los arquitectos: si Dios no custodia la ciudad, inútil es el empeño y vigilancia de los que madrugan para resguardarla." ² es decir: en Dios está la constitucion de los pueblos, fuera de Dios la disolucion social; en Dios está la conservacion del Estado, fuera de Dios está la decadencia de los imperios; en su lei está el orden, fuera de ella la anarquía.

¿Qué podría ser, católicos, la sociedad sin la familia? Pues bien: María llama la inteligencia de todos los primeros habitantes de México á la fe, como habia llamado á la moral el corazon de los conquistadores: ¡magníficos antecedentes que, dejando á salvo los derechos de la política, de la crítica y de la filosofía sobre la historia de aquellos ruidosos acontecimientos, preparaban con la fe y con la lei divina la constitucion y desarrollo de la sociedad doméstica en esas familias que iban á refundir dos razas, y que un siglo despues sorprenderian al mundo con un linaje nuevo, con una nacion en cierto modo singular. No preguntaré á los estudiosos de la naturaleza el por qué de nuestro carácter mexicano en sus buenas cualidades y sus defectos; pero sí diré que esta piedad genial de México, esta índole suave y dulce, este natural hospitalario, este todo que, si le desprecia el viejo mundo, porque no le ve ó se le pierde tras el polvo que levantan nuestras tempestades políticas, es justamente admirado del discreto y privado observador, tiene una explicacion que me parece natural, á lo ménos para mi alma, una explicacion á que me costaría mui caro renunciar, una explicacion que satisface á mi entendimiento y hace rebosar de júbilo mi corazon. ¿Cuál? que esta amorosa Madre nos ha evangelizado con la ternura de su alma, tratándonos con tal delicadeza, que no ha querido jamas exponernos á esas pruebas terribles que costaron tanta sangre á la conversion del viejo mundo, y tantos estragos y ruinas al establecimiento de las antiguas sociedades. De esta suerte nada faltaba á este pueblo en el orden religioso y moral para ser y llamarse dichoso.

¡O venturosa México! alza tu frente y fija tus ojos en ese Trono en que descansa tu Reina: contempla esta casa que escogió ella misma para vivir contigo: repasa la historia de todos los favores que te ha dispensado en el dilatado curso de tres siglos: mira en esta sagrada Imágen la explicacion de tu antigua ventura: entona el cántico de gracias, y ven á poner aquí tu gratitud á sus piés! Ella ase-

1 Psalm. XXIII, v. 1.— 2 Psalm. CXXVI, vv. 1, 2.

guró tus puertas, y no con los fuertes gonces que destruye el cañon guerrero, sino con el poder irresistible de la fe. Ella, uniendo sus manos en presencia de la Trinidad Augusta, atrajo hácia todos tus hijos abundantísimas bendiciones; ciñó tu recinto con un muro de paz, despues que la guerra extranjera consumó su obra; y no con esa paz falsa y precaria, medida por un poco del tiempo, sino con aquella que anunciaron al Universo, frente al establo de Betlehem, los ejércitos angelicos: la paz con Dios por la fe y la conversion, la paz con el prójimo por la caridad y la lei, la paz del hombre consigo mismo por el concierto de todo su sér en la razon eterna y voluntad divina. Ella, en extremo solícita de que nada te faltase, cuidó tambien de tus necesidades temporales: fecundó tu suelo llenando tus trojes, multiplicó tus rebaños, abrió, para que fueras opulenta, las entrañas preciosas de una tierra vírgen, templó con el regalado fresco los ardores de tu estío, y te guareció contra el invierno con abundante lana. Pero sobre todo, habló, y todos tus hijos escucharon su voz; dió su palabra de toque al corazon, y se derritió su fria dureza; tocó al espíritu, y resplandeció la penitencia en las copiosas lágrimas que bañaban las mejillas de tus hijos; abrió á tu mente con la penetrante saeta de la palabra evangélica los tesoros de las eternas verdades; puso en tu alma el sentimiento de la justicia divina, y concertándole con el amor y la esperanza, se mostró á tus ojos y se ha mostrado siempre lo mismo, ni mas ni ménos, que como la retraba en el fondo de la eternidad el pincel del Eclesiástico en la imágen de la Sabiduría: fuente del conocimiento, fundamento de la esperanza, principio del temor y madre del amor hermoso. Ella es la vid que plantó en el mundo el Labrador de los cielos, que fructifica sin cesar, y embalsama los aires todos con los mas delicados perfumes: es la residencia feliz de la gracia, el asiento de la verdad, el apoyo de la vida, el secreto de la virtud, el camino para la gloria. Naturalmente expansiva, no quiere que nadie quede sin participio en la distribucion que hace de tantos bienes, sino que todos nos lleguemos á ella y recibamos de ella esas benignas influencias de virtud y felicidad que se multiplican y perpetúan como las generaciones. No hai aquí obstáculo, tropiezo, retraente de ningun género: su espíritu excede con mucho á la dulzura de la miel. Estos bienes, de mas regalado gusto que el panal, no son fugitivos como los del mundo, sino que se gozan aún despues de las generaciones y los siglos: las delicias que en el alma produce María con las gracias que nos concede, no son de aquellas que se retiran porque sacian; pues á medida que se gustan mas se desean: es una sed satisfecha y conservada sin pena, bella imágen de aquella felicidad en que ni el de-

seo atormenta, ni la satisfaccion fastidia. Habla María, y la verdad aparece sin sombras; óbrase conforme á su espíritu, y el pecado huye y desaparece; vívese con ella, y la eternidad dichosa se conquista.

¿Qué mas puede decirse que lo que acabáis de oír, hermanos míos! ¿Dónde está la elocuencia capaz de hacer una pintura tan perfecta? Estos conceptos, que el Espíritu de Dios quiso consignar para nuestra luz y provecho en el Libro de la Sabiduría, aparecen aplicados todos por la Iglesia nuestra Madre á la Reina del cielo y de la tierra en su advocacion de GUADALUPE. Todo corresponde á este carácter, ya en las excelencias de la Virgen-Madre, ya en las muchas y singularísimas pruebas de amor que á México ha dado, como lo acredita la historia. Hija predilecta de la ternura de María, nuestra patria figura en la historia de la religion como uno de los pueblos mas singularmente favorecidos. Todas las naciones, en los siglos que van corridos del cristianismo, son deudoras agraciadas de María; pero ¿cuál de ellas cuenta lo que esta dichosísima Nacion? ¿cuál de ellas la señala como su Apóstol? ¿cuál de ellas puede presentar esas singularidades que narra la piadosa tradicion acerca de la APARICION DE MARIA DE GUADALUPE? ¿Qué delicadeza tan tierna! En todo se dibuja con las magnificas decoraciones de su rango; pero mostrándose en su rostro bello como una vírgen mexicana, parece haber querido colocar en su trono y rodear con los esplendores de su gloria la predileccion de su amor á este pueblo ignorado y desconocido. ¿Qué te falta pues, ¡oh México! para figurar al frente del mundo como el mas privilegiado de todos los pueblos? ¡Oh dichosísima nacion, decorada con todas las gracias de una naturaleza bella, favorecida con la singular proteccion é inefable ternura de la Madre del Altísimo! ¡Regocíjate sin fin en tanta ventura; goza de la cuantiosa riqueza que se te ha concedido; compláctete con tus glorias, pues eres objeto de la singular ternura de la Reina! ¡Tú serás grande, tú darás á la historia las mas brillantes y gloriosas páginas: serás la reina del Nuevo Mundo, y pondrás la emulacion en las antiguas sociedades! ¡Tú...!

Pero católicos, ¿qué estoi hablando? ¿cómo traer esos conceptos á la cátedra de la verdad? ¿cómo hablar de ventura donde corren tantas lágrimas? ¿cómo preludiar un rango y soberanía donde se han sufrido tantos baldones? ¿cómo brindar á la historia con gloriosas páginas futuras, cuando se trata de un pueblo que agoniza y está casi para hundirse en el sepulcro...?

SEGUNDA PARTE.

¡Cuán grato fuera para mí, ¡oh católicos! detenerme absorto en esta primera faz del gran cuadro, en esta primera trasfiguracion del Nuevo Mundo bajo el poder irresistible de María, y decir como el Apóstol en el Tabor á la vista de Cristo resplandeciente: "Bueno será que permanezcamos aquí!" Mas por una desgracia lamentable nada ó mui poco adelantaria yo en esta santa predicacion, si conduciendo vuestras miradas á María para explicar un pasado lleno de ventura y encantos para México en el órden de la religion y la moral, pasase desapercibido nuestro presente, nuestra decadencia progresiva, y no llamase vuestra atencion hácia un hecho en extremo sensible para que no encuentre una doctrina y un sentimiento en esta cátedra donde plugo á Jesucristo colocarnos como luz del mundo, para disipar todas las tinieblas y preparar todos los caminos con la fe, á fin de curar con la Sangre de Cristo las enfermedades morales de los individuos y de los pueblos. Estamos mal, hermanos míos: el dolor nos tiene postrados en el lecho de la muerte. Si viene todavía de vez en cuando alguna brisa para templar los ardores de la fiebre que nos devora; si todavía la penosa vigilia de nuestro mal es interrumpida con algunos ensueños donde vemos deliciosas flores y sentimos delicadísimos perfumes; esto es una ilusion tanto mas funesta cuanto mas tiempo nos roba para conocer y contrariar las causas de nuestro mal: si aun escuchamos al oído lisonjeros anuncios de restablecimiento, esta voz no es la de la verdad: es la sirena que, interponiéndose entre nosotros y el sepulcro, nos atrae á él con cierta melodía. Vengamos, pues, á esta parte la mas interesante sin duda para Dios, para su tierna Madre y para nosotros. Si la conversion de un pecador alegra mas que la perseverancia de noventa y nueve justos, nada será tan alarmante para el Señor como la situacion de un pueblo que ha salido de sí mismo á regiones desconocidas, en que desfallece tiranizado por los enemigos de su felicidad. Si una madre, cuando padece por la situacion de un hijo que se le extravía, estima en mas alto precio el placer que siente al recobrarle que el que gozaba poseyéndole, bien comprenderéis que la ternura de esta Virgen celestial preferirá sin duda que se toquen para el bien los males de sus hijos, que el que se pinten las belle-